

**ETAPA III**

**FORMACIÓN GENERAL**

**EL MATRIMONIO**

**PARTE I**

**ESTAR ENAMORADOS**

**TEMA 8**



**HOGARES DONBOSCO**



## ESTAR ENAMORADOS



Cuando nace un niño varón, sus padres pueden pensar que Dios pone también en el mundo una niña mujer que un día habrá de ser su esposa, y que los hace el uno para el otro.

Dios mismo sabrá hacer las cosas para que el uno y el otro terminen encontrándose. Es un misterio de la naturaleza que prácticamente vengan a la vida el mismo número de hombres que de mujeres; y que ello resulta no de los que nacen de una pareja, sino de los que nacen de tal multitud de parejas, como si alguien los barajase con su mano de mago para que acabaran así. Y al encontrarse, ven estar hechos el uno para el otro; eso que es el *enamoramiento*.

Estar enamorado no es lo mismo que amar a alguien.

Y, no, aunque a veces creas que con enamorarte, y demostrar lo enamorado que estás, es suficiente como para conservar el amor, entonces estás equivocado.

Porque no es lo mismo, **y a veces lo aprendes de manera demasiado dura**, sobre todo cuando te das cuenta de que has tenido más corazones rotos que momentos felices.

Ocurre que, desde niños aún, los varoncitos y mujercitas intuyen que un día harán pareja como lo son papá y mamá; así se miran y se respetan. Cuando van creciendo desarrollándose como hombre y como mujer, sin que necesiten pensar mal con atractivo sexual en su corazón de hombre y de mujer que se estrenan, sienten un afecto, el hombre hacia una mujer en particular y la mujer hacia un hombre concreto, que no es afecto de simple amistad, sino con otro modo más profundo de amor, como una llamada que Dios les hace.



Es inmaduro y poco sensato que él o ella, o acaso ambos, piensen en ser ya eso el enamoramiento definitivo aunque sean mayorcitos, y que más adelante, cuando sea, se casarán juntos para con esa unión ser felices toda la vida.

Lamentablemente así se toma y se hace con harta frecuencia. Lo normal es que esos enamoramientos iniciales sean provisionales, pasajeros, de entrenamiento del corazón: ahora se aman, y cualquier día, por cualquier suceso que les sobreviniere, terminan rompiendo y distanciándose; acaso, sencillamente porque él se enamora de otra, o es ella la que encuentra el amor en otro distinto. ¿Por qué no?

Ya lo dijimos anteriormente; pero no es superfluo insistir en ello. Son libres, todavía permanecen muy libres. Sería necio privarse de esa libertad que les corresponde; o anular las posibilidades mejores que al uno y a la otra les puede brindar la vida. Con los años, uno u

otro puede cambiar de ciudad, de centro de estudios, de país, y allí conocer a quien anteriormente no sabía ni que existía, y del que termina enamorándose. Lo que importa a cada uno es terminar acertando con quien ha de ser su pareja para toda la vida haciendo un matrimonio feliz, el que Dios soñó para cada uno cuando los hizo.

Pero cuando por fin se encuentran aquellos dos a quienes Dios **sí** había creado el uno para el otro, ambos experimentan ese flujo magnético especial de atracción que les hace exclamar, sin pronunciar acaso las palabras: «esto es distinto», como Adán al ver a Eva en el Paraíso por primera vez. No es la belleza del rostro ni algo «razonable» lo que les atrae tan especialmente. Es algo que los demás no perciben, quizás ellos mismos no sabrían precisar qué es lo que causa en ellos esa atracción tan única; y tan distinta de cualquiera que hayan podido sentir frente a otra persona. Eso es el «enamoramiento».

El enamoramiento es todo un proceso. **Primero lo sienten**; después, más tarde, **se lo declaran el uno al otro, continúan sintiéndolo**; y cuando habiéndose conocido más y más en un trato asiduo, **llegan al convencimiento de que Dios efectivamente los ha hecho el uno para el otro, terminan casándose**. Si *como creyentes entienden que todo ello es en realidad una «cosa de Dios»*, se unirán en matrimonio comprometiéndose no ante cualquiera, sino ante Dios y con su bendición; ante los creyentes como ellos haciendo de testigos, y buscando su apoyo y compañía; presidiéndolo el sacerdote en nombre del Señor.



Lo mejor que ellos pueden desearse, o que les puedan desear sus padres y cuántos están presentes allí, es lo que les desea Dios, no lo dudemos: que durante *todos los días de su vida en matrimonio recuerden el enamoramiento con el que se casaron, y que trabajen por enamorarse cada día de*

*modo parecido a como entonces lo estaban. Cosa que no se logra sin hacer cada día el esfuerzo necesario, pero consciente, para conseguirlo.*

El deseo de ellos y de todos es, en realidad, que sean siempre muy felices; sabiendo que esa felicidad que ahora se les desea solamente llegará a ser una maravillosa realidad, y no un fugaz buen deseo, si son capaces de vivir siempre tan enamorados como cuando se casan. El enamoramiento es para siempre. Como ha de serlo un amor de pareja en el matrimonio.

Además de la atracción especial, y el sentirla como cosa de Dios, en el amor entra en juego un factor muy importante: es la voluntad de ambos, ese querer que pone la decisión de amarse con el amor distinto y único que vale para el matrimonio, y que da la fidelidad para toda una vida, excluyendo de ese amor a las demás personas. Es decidir tenerse el amor que los hará felices a ellos y a los hijos que puedan nacer de tal amor. Y hacer diaria esa decisión.

Insistamos en ello: *su vida en matrimonio será feliz y estable si cada día siguen enamorándose activamente con el mismo amor con el que se casaron*. Cultivando la misma atracción especial, y la misma decisión de amarse; en los días claros o en las tormentas, en

las situaciones prósperas o en las de adversidad, en la salud y en la enfermedad, aun en las fricciones; y no sólo «hasta el final de la vida», sino «todos los días de su vida».

Amándose, dice San Pablo a los Efesios (Efesios 5), «como Cristo ama a su Iglesia»: dando la vida por ella, para hacérsela como él la quiere tener y es él quien tiene que hacérsela así, digna de su enamoramiento, pura y hermosa; lavándola él con el agua de la palabra para hacérsela limpia e inmaculada, y con la fe que el uno en el otro puedan alimentar cada día. Dándose vida mutuamente con ese amor verdadero de enamoramiento. Si cada uno hallare en el otro algo digno de reproche, en lugar de hacerlo causa de desamor, debe hacerlo motivo para amarse mejor.

Jesucristo es Dios que vino desde el cielo a la tierra para hacer con los hombres una Nueva Alianza; porque nos amaba tanto como para venir y hacernos íntimamente suyos, su Iglesia, a la que tomase como su Esposa con el enamoramiento de verdadero Esposo. Pero no cuando nosotros éramos buenos, hermosos, dignos de ese enamoramiento de Dios; sino cuando éramos pecadores, dignos de la ira divina, dignos de su rechazo. Sería El quien nos haría justos con la misma justicia suya, haciendo de él todo lo nuestro, aunque le costase la vida y el precio de su sangre.

Es lo que pondera el mismo Pablo en su Carta a los Romanos, y exclama admirado: « ¡Con cuánta más razón, pues, hechos justos ahora al precio de su sangre, seremos salvos de su aversión! » (Romanos 5,9) y, perdonándonos, se enamorará cada día más de nosotros. Ese es el amor, nos dice, con el que nosotros tenemos que amar, ya que el Espíritu Santo nos da tal amor divino habiendo venido a morar en nosotros (Romanos 5,5). Y ese, nos dice, es el amor con el que deben amarse los esposos que se unieron ante Dios porque creían en Cristo su Hijo y lo que en él nos ama.

**Quienes nos hemos hecho de Cristo no podemos amar con cualquier manera de atracción que por ahí se la llame amor; sino como Dios nos ama.** Cada uno es carne con la que Dios ama como Esposo; y es carne a la que Dios ama como a esposa suya. En el matrimonio cristiano, cada uno debe ser el corazón con el que Dios ama al otro cónyuge.

Podemos imaginar el gozo que siente Dios cuando, 25 años más tarde, vienen esos esposos rodeados de sus hijos al mismo altar donde se casaron, para hacer nuevo el enamoramiento del día en que contrajeron matrimonio. Y cuando ya con 50 años de vivir juntos en fidelidad de amor, vienen al mismo altar con sus hijos y nietos para darle gracias a Dios por los años que les ha dado en los que pudieron gozar de aquella bendición de amarse como El los ama, la que les dio cuando se casaron como era su plan divino.

La Iglesia, los fieles y el sacerdote que los preside, deberían gozar tanto como Dios al verlos así de nuevo ante el altar donde se unieron en Matrimonio como Sacramento; aunque pocas veces se ve que lo gocen así expresamente con la pareja que lo celebra. Es el gozo de comprobar que se puede creer en el amor de cristianos como amor distinto, en este mundo de amor tan precario. Como esos esposos cada año, en la fecha aniversario de su Boda, han debido celebrar ese día como un acontecimiento, al comprobar el enamoramiento que se mantienen y con el que viven dando la vida el uno por el otro.

**REUNIÓN DE GRUPO.**  
**Oración inicial.**

*Qué grande es la riqueza de Dios,  
qué enorme su sabiduría y entendimiento.  
Nadie puede explicar las decisiones de Dios,  
ni puede entender lo que hace y cómo lo hace.  
«¿Quién conoce la mente del Señor?  
¿Quién puede darle consejos a Dios?  
Nadie le ha prestado nada a Dios  
como para que Dios esté obligado a pagarle».  
Dios ha creado todo  
y todo existe por él y para él.  
¡A Dios sea el honor por toda la eternidad!  
Así sea.*

***¡¡Quisiera ser como Dios!!***

**PARA COMENTAR EN GRUPO**

¿Es lo mismo enamorarse y amar?  
¿Es suficiente el estar enamorado, para conservar el amor? ¿Por qué?  
Como cristianos, ¿estamos convencidos que el sentirnos enamorados, y el habernos casado, es cosa de Dios?  
¿Te acuerdas del proceso que sigue todo enamoramiento?  
¿Qué significa que los cónyuges deben amarse como "Cristo amó a su Iglesia"?

**Oración final.**

*Padre celestial  
Quiero que esta oración sea hecha  
conforme a tu palabra, tu corazón y tus pensamientos,  
declaro que mi oración se une en el poder del nombre de Jesús  
para que llegue al trono de tu gracia.  
Padre eterno quiero parecerme cada día más a ti,  
por eso hoy vengo a tus pies para pedirte  
que me des de tu esencia pura, y perfecta.  
Hoy pido señor, en el poderoso nombre de Jesús,  
que proveas mi espíritu de tu sabiduría y entendimiento  
para poder concebir el propósito de mis días en esta tierra.  
Amén y amén.*